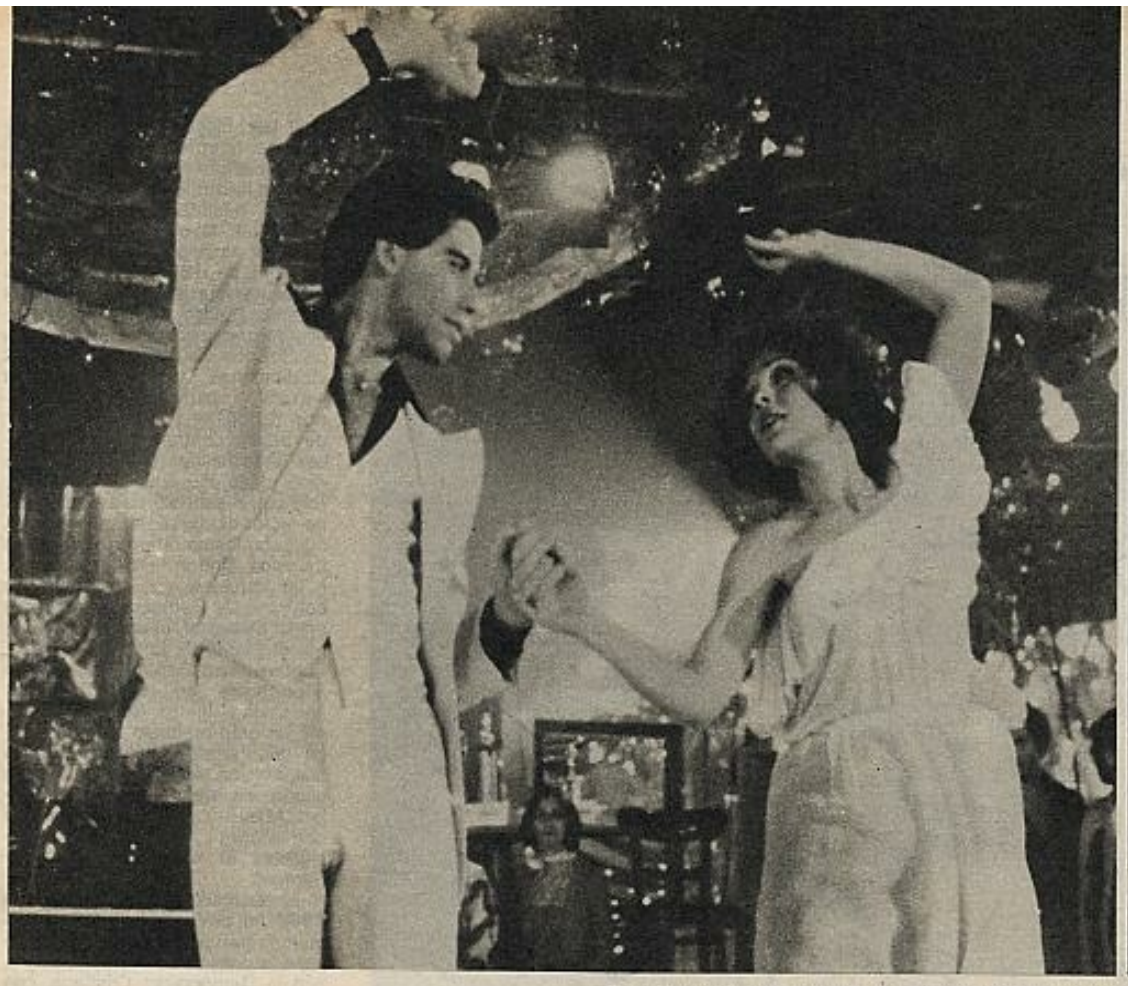

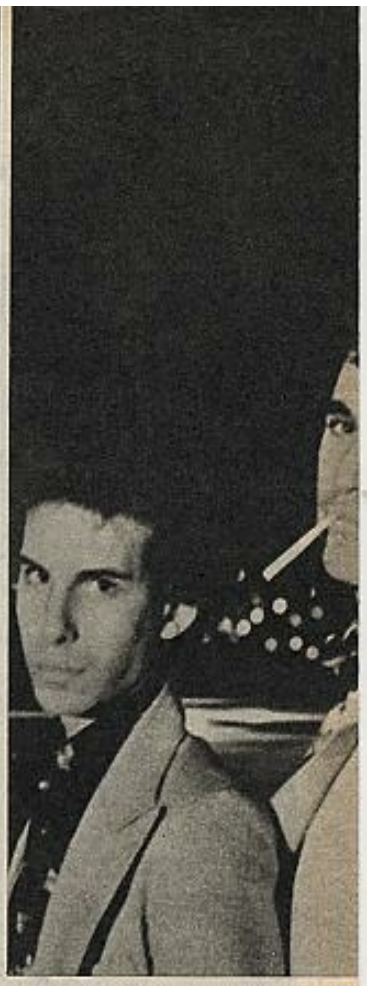

Tony Manero-Travolta es todo un tipo: vive pensando en la intangibilidad de su tupé y en su dominio

JOHN TRAVOLTA: LOS HORTERAS EL SAB

A los jóvenes, ya se sabe, o se les echa a la carretera, con Kerouac al frente, o se les encierra para que no den la lata. El truco —cínico, pero muy efectivo— está en convencer a los desterrados o los presos de que precisamente se les está dando la libertad. Con el solemne aplomo del poder, que posee una larga experiencia, se asegura que los marginados son protagonistas, y las víctimas, verdugos.

Protagonistas de la noche entontecedora, como ese John Travolta, hermano menor de Elvis Presley y primo carnal de "Rocky" Stallone. Ese empleado de veinte años al que James Dean le ha vuelto a dar el timo del enfrentamiento generacional y al que King Creole ha enseñado la forma de ser macarra, aun honrado, en la jungla de asfalto de la gran ciudad.

¡Válganos Paul Anka y Chuby Checker! Ahora resulta que el truco de las juventudes incomprendidas aún sigue dando juego. De nada valló que, al fin, Sartre y Simone sacaran de los tugurios de Saint-Germain-des-Près a los existencialistas que jugaban a la angustia y a Juliette Greco; de nada el que Marcuse dijera que los padres sí, pero que el sistema sobre todo; de nada la guerra de Vietnam y los comienzos de claridad que se insinuaron en Berkeley. Ni siquiera logró Milos Forman demostrar con su "Taking off" que, al fin y al cabo, los padres no dejan de ser, también, igual de tontos que sus hijos.

Y es que siempre estuvo muy bien montado. William Saroyan se inventó esa sensiblería de la Naturaleza, escapista y ñoña, y luego Kerouac, "el vagabundo del kharma", se echó a la carretera. El poder les abrió las cercas y les dejó salir. Acababa Corea y había costado sujetar a Mac Arthur. Más valía que los jóvenes no se ocuparan del futuro. Y así fue cómo se les dejó usar de su libertad para que se marcharan camino adelante con sus mochilas y su desengaño. Poco a poco se fueron uniendo: querían amor libre, mucho ritmo y volver al suave trabajo artesano. Así nacieron los "hippies".

Mientras tanto —el imperio necesitaba soldados—, otra juventud aprendía la violencia y el racismo en los barrios pobres de las ciudades o en los pueblos caciquiles del Sur. Estos prometían; Mac Namara y John Wayne los irían enrolando, con paciencia, en sus "boinas verdes". Los otros, los "niños flor", no le valían para nada al Pentágono, pero allí estaban entretenidos con su sexo y sus drogas sin meterse con nadie.

Por lo demás, nada más rentable. Los padres atribulados, con cierta conciencia de culpabilidad, se echaron en los brazos, siempre abiertos, del orden y la ley. "Nuestra hijita se ha ido de casa. Sólo tiene trece años. Devuélvanosla, por favor". "Señor comisario, ¿quiere decirnos qué hemos hecho? Siempre le dimos lo mejor". "Agente, detenga a esos ladrones portorriqueños". "Negro, vas a aprender lo que es el poder de las tres K". "Esos profesores comunistas son los que incitan a escaparse a nuestros hijos".

En las últimas fechas de la guerra fría, aún se afirmaba: el mundo libre contra las dictaduras comunistas. Los jóvenes se pusieron a buscar la libertad. A mediados de los años sesenta, Ernst Fischer recogía lo que decían las jóvenes generaciones. A los dieciocho años: "Tengo que hacer y dejar de hacer lo que quiera; no puedo tolerar que se me mande". Y otro a los diecinueve: "La banda es la última posibilidad de ser libres; esa es la que queremos...; no nos da la gana de que se nos lleve de la rienda en organizaciones cristianas o políticas".

De acuerdo: la banda es la libertad. Por eso, John Travolta-Tony Manero es el jefe de una, formada por jóvenes de origen italiano. Todos trabajan en empleos de ínfima categoría y experimentan la "Saturday Night Fever". Para variar, en su libertad, unas sanas y juveniles peleas, navajas incluidas, contra negros y portorriqueños.

En efecto, Tony Manero es todo un tipo: vive pensando en la intangibilidad de su tupé y en su dominio de la discoteca. Pero no acaba de ser un buen americano, porque todas sus ambiciones se reducen a eso, a ser el mejor bailando. ¡Qué menos que auxiliar administrativo! Sólo cuando se encuentre derrotado en el baile, haya muerto uno de sus amigos y obtenga el amor de su dama, John Travolta comprenderá que el porvenir está en el desclasamiento y que el salto de la clase obrera a la pequeña burguesía es el primer paso de todo buen muchacho.

A la vejez, viruelas. Cuando ya creíamos que la juventud era algo inalcanzable, perdida en quién sabe qué paraísos artificiales camino del Nepal, resulta que está ahí, a la vuelta de la esquina, más vulgar y explotada que nunca. Así lo vio Robert Stigwood, "manager" de los Bee Gees y productor de "Jesucristo Superstar", que es el que ha puesto el dinero y la idea para hacer ese negocio cinematográfico —"Fiebre del sábado noche"— que amenaza con ser el tema de conversación culta del año, de la mano de Ramoncín y otros temas de parecido interés.

Lo hortera como tema sociológico. Estupendo. ¿Qué hacen los horteras? Se peinan y acicalan; se visten con atuendos llamativos y se van a menear el esqueleto a las discotecas. Se manejan el rollo; les molan las jais, tío, y el "rock" W.C. les va cantidad. Están aplastados por su trabajo monótono y sin alicientes, y se encuentran solos y privados de auténtica simpatía y comprensión. No reciben más que órdenes arbi-

de la discoteca.

ADO POR LA NOCHE

RAMIRO CRISTOBAL

trarlas de padres y superiores. Hay que ver.

Ni mártires, ni héroes: una rueda más del engranaje. Porque el hortera es, sobre todo, un tema político. Son esos soldaditos que un día tendrán que ir a enfrentarse en un rincón de Africa a los negros de la "otra" banda. Sólo que ahora están de permiso y se divierten como reclutas. Y de paso consumen y producen.

Por eso, guionista y director de "Saturday Night Fever" nos engañan hipócritamente cuando nos proponen un final tan tradicional. Ya se sabe que las buenas y viejas costumbres exigen esa clase de "happy end", pero los nuevos tiempos tienen sus leyes y a nadie le interesa un honesto oficinista. El ejemplo es, por sí mismo, el hortera integral.

No es casualidad, desde luego, que los mitos para el consumo mundial, que produce la sociedad americana, tengan siempre la misma catadura. "Rocky", el boxeador de tercera categoría, matón a sueldo de la mafia y, al final, casi campeón del mundo gracias a su valor. Bobby Deerfield, el corredor de coches lleno de romanticismo. Tony, el "Jet" de "West Side Story". Y los rebeldes sin causa, y el chico de la guitarra que vivía en Nueva Orleáns, y los ángeles del infierno con sus motos. Y ahora el hortera.

La cara del hortera es, ya está dicho, John Travolta, un joven actor de origen italiano, a medio camino entre George Chakiris y Tony Franciosa. Nada extraordinario desde ningún punto de vista, excepto por su pertenencia a un reaccionario movimiento religioso y por su meteórica carrera en la fábrica de sueños. Ahora es ya un mito que nadie sabrá distinguir de su personaje. Lo que diga Travolta lo dice Tony Manero, y lo que éste hace en las discotecas los sábados por la noche, es lo que haría, sin duda, Travolta. Pero lo mejor de todo es que ambos hacen vender desde camisas hasta discos. Y, por si aún no lo fueran, las discotecas se van a convertir en el punto de referencia obligado para todos los **teenagers** del mundo libre.

Nuevo flautista de Hamelin, Tony Manero arrastra, con su ritmo irresistible, a todos los niños del lugar para sepultarlos, para siempre, en el fondo de la gran montaña. Lo más chistoso es que en esta ocasión está pagado por el alcalde y los propios padres de las criaturas, que han decidido hace tiempo que cada uno debe estar en su lugar. Hay **ghettos** para negros y **ghettos** para pobres; **ghettos** para mujeres y **ghettos** para intelectuales. Los **ghettos** para jóvenes han sido fáciles de mantener —los chicos ya están acostumbrados— y de llenar. Sólo es necesario un poco de "rock" W.C., unas luces de colores y unos cuantos Travoltas que comuniquen la "Saturday Night Fever".

Poca cosa. ■

EN EL NUMERO DE MAYO DE

TIEMPO de HISTORIA

Juan Durá

LA POLITICA NORTEAMERICANA DE "NO INTERVENCION" EN LA GUERRA DE ESPAÑA, 1936-1939

Una exposición clara y precisa de la actitud del pueblo norteamericano ante la guerra civil española, contrastada con la posición hipócrita y oportunista de sus dirigentes que, en momentos críticos para la democracia, reflejados en la situación precaria y dramática de la República Española, enfrentada a una sublevación de su ejército colonial, no supieron ni quisieron apoyarla y salvar, acaso, así a Europa de una guerra mundial.

(En la foto, Hemingway visitando a Ilyia Ehrenburg, en el Madrid en guerra de 1936.)

Angela Merino

HISTORIA DE UNA DESILUSION: 1927, LOS SURREALISTAS Y EL P. C. FRANCES

Una reflexión sobre el dilema, constante en la intelectualidad europea de nuestro siglo, simbolizada por la corriente surrealista, algunos de cuyos miembros formaron parte de la "élite dorada" de la Internacional, tal es el caso de Aragon y Breton, de dar al César de su tiempo lo que creyeron era suyo y al arte su inspiración... Ambas no llegarían a formar una síntesis de sus personalidades, y dentro de ellas se produjo la rotura ideológica previsible... Solos al fin con su arte.

(La imagen reproduce un cuadro de Marie Laurencin, con varias personalidades, adecuadamente idealizadas, del movimiento surrealista en sus inicios.)

EN EL NUMERO DE MAYO DE

TIEMPO de HISTORIA